

El aherrojado de Compostela (por Sawny Beane)

Natasha sumergió la cabeza en el agua helada del arrollo repitiendo mentalmente: sólo dos días más, sólo dos días más. Allí, bajo aquella superficie transparente que de puro fría parecía de cristal, tenía la impresión de poder encontrar las fuerzas que necesitaba para terminar el viaje.

El comienzo del mismo, en Roncesvalles, se le antojaba irreal. Más todavía el momento en el que tomó el avión en Heathrow con destino a Francia. Los trenes, los paisajes de montaña, las carreteras y los caminos convertidos en interminable senda se desdibujaban en su memoria coincidiendo en un único mensaje: hacía ya demasiado tiempo que había salido de casa. Y, a pesar de que la llegada a Santiago de Compostela se vislumbraba ya, no conseguía dejar paso al entusiasmo o a la alegría; sólo sentía hastío.

Con Lydia, su compañera, ocurría todo lo contrario. Había comenzado el viaje con escepticismo, dejándose llevar por su amiga. Poco a poco, sin embargo, los papeles se habían invertido y ella se había convertido en el motor de la expedición. Las circunstancias, por otro lado, así lo habían marcado.

Natasha había emprendido aquel viaje con la esperanza de que fuera un auténtico peregrinaje espiritual. Con un par de libros de Coelho en la mochila, y la férrea determinación de indagar en sí misma durante la larga marcha, había pensado que, por fin, conseguiría encontrar qué era lo que últimamente le mantenía en aquel estado de sempiterna melancolía. La realidad había sido muy distinta.

Desde el principio había quedado claro que, por mucho que quisieran pasar desapercibidas al mundo terrenal, éste tenía mucho interés en conocerlas. Dos jóvenes inglesas chapurreando castellano y francés con un delicioso y marcado acento, armadas únicamente con un mapa y un par de mochilas, no podrían haber recorrido tanto terreno

de otro modo. Además, el contraste físico entre ambas hacía que hasta el más despistado reparara en ellas. Si la larga melena de Natasha, de ese color cobrizo que unos describen como un rubio encendido y otros como un pelirrojo claro, ya llamaba la atención de por sí, junto a las trencitas morenas de su amiga Lydia actuaba como un faro en mitad de la noche. Así, desde que pusieran pie en Francia, el viaje se había convertido en un rosario de invitaciones a visitar vagones, habitaciones de hostales y a compartir cenas, canciones y cigarrillos. Aquella dinámica, poco a poco, había minado las últimas esperanzas de espiritualidad que tenía Natasha, inflamando, por el contrario, el espíritu viajero de su amiga.

No era de extrañar, por lo tanto, que a las puertas de Santiago Natasha no pensara ya ni siquiera en el término del viaje. Tenía la funesta certidumbre de que la llegada a la catedral sería únicamente el prelude de más fiestas, de más nuevos conocidos que le resultaban moleestamente iguales, de más cigarrillos y más cervezas; de más de ese mundanal ruido del que había querido huir cuando tomó el avión en Heathrow. De ese ruido que ni siquiera el helado manantial que bañaba sus sentidos parecía poder acallar.

Cuando sacó la cabeza del agua, se encontró con la mirada risueña de su compañera. Ésta sostenía una ajada guía turística del camino de Santiago. Al momento supo que habría encontrado algún sitio “genial” donde hacer noche, algún sitio donde continuar aquella especie de incesante sucesión de encuentros en que se había convertido su soñado peregrinaje. Esbozando una sonrisa forzada, se echó al hombro la mochila y reemprendió la marcha sin mediar palabra, en silencio.

Aquella noche acamparon en las proximidades de un monasterio. El día había sido tan caluroso que, cuando cayó la noche, decidieron dormir al raso. Dejaron las mochilas contra un grueso árbol y extendieron las esterillas al abrigo de su ramaje. Casi sin

hablar, comieron algo de embutido y queso. Lydia sacó, sin mucho convencimiento, la bota de vino tinto que, desde Navarra, les acompañaba todas las noches. Estaba claramente molesta porque su plan de encontrar a otros acampados había fallado estrepitosamente: desde el mediodía no se cruzaban con nadie. Por otro lado, Natasha no tenía ninguna intención de beber con ella. Estaba cansada de tanto caminar y de tanto alternar. Sólo quería abandonarse al sueño. Así, tras comerse una manzana cada una, extendieron los sacos de dormir, más por tener una superficie mullida sobre la que tumbarse que por miedo a tener frío, y se dieron las buenas noches. Agotadas como estaban, no tardaron en dormirse.

Natasha soñó con un hombre vestido de monje. Llevaba un gran bastón retorcido del que colgaba un pulpo. Caminaba junto a ellas, haciendo el peregrinaje hasta la tumba del apóstol Santiago, pero cada vez que intentaban hablarle se llevaba su huesuda mano a la boca y chistaba para hacerles callar. A la joven le perturbaba tener que compartir su caminar con semejante personaje, pero cada vez que iba a protestar, el hombre se volvía y se llevaba el descarnado dedo a la boca. Lydia, con una sonrisa idiota en los labios, no intervenía, y así continuaban caminando y caminando por el lúgubre sendero en el que, adulterado por el sueño, se había convertido el camino.

A pesar de todo, lo peor no era la presencia de aquel hombre, sino el tintineo del pulpo cada vez que el peregrino posaba su sarmentoso bastón en el suelo. Era como el sonido de una cadena al agitarse, como un repicar metálico, fresco y a la vez pesado, que nada tenía que ver con la apariencia del animal. Aquel rumor incesante y absurdo angustiaba enormemente a la muchacha, empujándole al borde de las lágrimas, oprimiéndole el pecho hasta tal punto que, sin darse apenas cuenta, se despertó boqueando en mitad de la noche.

Cuando, por fin, consiguió respirar de nuevo, aspiró tan fuerte que despertó a su acompañante. Tenía los ojos cuajados de lágrimas y la garganta totalmente reseca, pero lo que más le perturbaba era la sensación de haber oído algo, justo antes de despertarse, y no conseguir averiguar qué era.

A la mañana siguiente, Lydia se mostró especialmente cariñosa y conciliadora. Poco a poco, al ver que el color le volvía al rostro y que era capaz de bromear, dejó de tratar a Natasha como a una enferma y, a media mañana, el episodio nocturno ya estaba totalmente olvidado. Ambas jóvenes, animadas por el brillante sol, retomaron el paso vivo de las jornadas precedentes, y, una pensando en el fin del viaje, la otra en la fiesta que, con suerte, encontrarían esa noche, sintieron sus corazones aligerarse. Con despreocupación, entonaron una balada de Alan Stivell que se había convertido en la banda sonora del viaje desde que un bretón les regalase el casete en Irún.

El día discurrió más rápido de lo habitual. Quizás la cercanía de la meta les descargaba de la fatiga acumulada. Fuera como fuese, las muchachas llegaron antes de lo previsto a la última parada: un albergue de peregrinos en el que, según habían leído, la tradición marcaba que esperaran al amanecer para llegar a Santiago con la ligereza de la mañana.

Las horas de descanso que disfrutaron antes de la caída de la noche disiparon la tensión entre las amigas. De este modo, cuando empezaron a llegar más jóvenes al albergue, Natasha se sentía conciliadora y no tuvo ningún problema en compartir la alegría del resto. Así, a medida que la gente iba llegando, que el vino y la cerveza corrían parejos a la comida y la conversación, el ambiente se fue animando, y ella misma con él. Hacia la medianoche, y bajo los efectos de varios vasos de recio vino tinto, terminó cantando a dúo con Lydia algunas baladas subidas de tono de su Inglaterra natal.

A éstas siguieron otras, y al vino, en contra de la advertencia popular, algo de cerveza. Y así, cuando las tres de la mañana sonaron en el reloj del comedor, Natasha tenía la desagradable impresión de que la habitación se movía demasiado. Tenía la impresión de que el humo le mareaba todavía más, y sentía en él un olor que no le era familiar. Al final, uno de los jóvenes españoles puso algo de música y, aunque la melodía le resultaba agradable, apareció con ella un sonido de fondo que le desazonaba.

Sacudió la cabeza y dio un trago a su botellín con la intención de refrescarse, pero el alivio fue momentáneo. Echó un vistazo a su alrededor y localizó a Lydia jugando a las cartas en un rincón de la mesa plagado de vasos de chupito y botellas de licor. Tenía la impresión de que todavía veía peor, de que el humo era más denso que hacía un segundo. Y el sonido continuaba allí. Ahora no le cabía ninguna duda. Sabía dónde lo había oído. En su sueño. Era el repiqueteo metálico de aquel repugnante pulpo.

Sin poderse contener, salió corriendo del albergue. Éste estaba situado en mitad de una arboleda que, en tiempos, se había usado como camping, así que pudo alejarse rápidamente de la música y resguardarse tras los árboles. Apoyada en uno de ellos, vomitó todo lo que había bebido durante noche. Cuando se levantó, la cabeza le giraba todavía, pero sentía el estómago aliviado. Ya no tenía aquella molesta sensación en la garganta, sino únicamente mal sabor de boca. El tintineo, además, había desaparecido.

Agotada, se alejó unos pasos y se sentó apoyada contra un árbol. Notaba su rostro húmedo de lágrimas, pero no le importaba. Estaba harta de aquel viaje y de todas aquellas estúpidas fiestas. Si al menos Lydia se preocupara por ella...

Entonces, como respondiendo a sus pensamientos, la oyó acercarse. Salía, algo tambaleante, del albergue, con una cantimplora en la mano. Aquello le reconfortó. Era bueno poder contar con los amigos. Entristecida por su mal humor continuado, cerró los

ojos y dejó que las lágrimas fluyeran libremente. Había una extraña paz en aquel lugar. Todos los problemas mundanos parecían desvanecerse.

Notó el toque de la cantimplora en el hombro. La tomó, también en silencio, y se la llevó a los labios. Hay momentos en los que sobran las palabras, pensó sin volverse.

“En la tierra de los muertos nunca son bienvenidas” resonó en su cabeza al tiempo que su boca se llenaba de un sabor férreo.

Instintivamente, Natasha escupió el líquido y se levantó de golpe. A su lado, donde hubiera esperado que estuviera Lydia, permanecía el monje de su sueño. Empuñaba el cayado sarmentoso, y de él pendía el misterioso pulpo, inmóvil. Sus esféricos ojos amarillos le contemplaban como espejos deformes. La muchacha quiso creer que sus ojos le engañaban, que aquel hombre no estaba allí, pero el sabor de la sangre en la boca le impulsaba a lo contrario. Entonces, el pulpo se agitó llenando el ambiente de ese incongruente sonido metálico, y el hombre se llevó un huesudo dedo a la boca para indicarle que no hablara. La mirada del viejo monje le aterrorizó más que cualquier otra cosa y, de inmediato, un espantoso alarido salió de lo más profundo de su ser.

Lydia salió corriendo hacia la arboleda en cuanto oyó el chillido. Había dado una vuelta alrededor del albergue para encontrar a su amiga y, al oír el grito, temió que le hubiera pasado algo. A pesar de ello, no estaba preparada para lo que iba a encontrar.

A pesar de la incierta luz que llegaba desde el albergue, la mancha roja en la camiseta de su amiga era patente. Lo más inquietante, sin embargo, era que ésta tenía también la boca y el cuello empapados del mismo líquido carmesí. Estupefacta, se detuvo a unos pocos pasos de ella. Deseaba con todas sus fuerzas preguntarle qué le había ocurrido, darle ánimos, incluso abrazarla, pero había algo que se lo impedía. No hubiera sabido decir el qué, pero había algo repulsivo, algo que no eran las propias manchas en sí. Algo

torcido, aterrador. Ante aquello, la voz se le ahogó en la garganta y la distancia que la separaba de Natasha se volvió un abismo. Sus dedos, trémulos, lo desafiaron por un instante, pero naufragaron.

No muy lejos, el tintineo resonó de nuevo. Esa vez, sin embargo, Natasha no sintió el impulso de huir. Había visto el temor en los ojos de su amiga, y supo que tenía que acudir a la llamada. Sin mediar palabra, la dejó en el linde de la arboleda y se internó en la zona que ya devenía bosque.

Durante un tiempo caminó siguiendo el repicar del pulpo, sorteando árboles caídos, densas zonas de matorrales y misteriosos claros cubiertos de musgo. Una ligera bruma amortiguaba sus pasos potenciando, paradójicamente, el tintineo metálico. Al final, el sonido se acalló.

Natasha apartó un gran helecho y entró en el recodo del bosque. Allí, bajo un retorcido roble seco, el hombre con hábito de monje le esperaba sentado. En su regazo reposaba el retorcido cayado. Sobre éste, el pulpo recibía quieto las caricias del aparecido.

La muchacha se adelantó hacia él con una pregunta en los labios. Sin embargo, antes de que fuera formulada, el viejo se llevó alzó un dedo autoritario y, cuando las palabras murieron, señaló la mano izquierda de la chica. Con ella aferraba algunas trencitas ensangrentadas, macabramente unidas al cuero cabelludo de su amiga. Natasha sintió que le temblaban las rodillas.

El viejo sonrió complacido. Después, tomó el cayado con ambas manos y golpeó con él, haciendo tintinear al pulpo, un trozo de tierra húmeda cerca de una roca. Todavía sollozando, la muchacha se arrodilló y comenzó a escarbar, con ambas manos, en el suelo.

Despuntaba el alba cuando Natasha entró en la catedral de Santiago. Había atravesado la somnolienta ciudad cubierta de sangre y tierra. Tenía los cabellos enmarañados, el rostro lleno de arañazos y las uñas destrozadas, pero lo que más le dolía era el alma.

Tras ella arrastraba un hábito de monje lleno de viejos huesos de ahorcado. Habían pertenecido a un hombre de corazón oscuro. Quizá por ello había podido escuchar, precisamente ella, las cadenas que portaba como castigo para la eternidad. Sintiendo cómo las lágrimas resbalaban todavía por su rostro, Natasha entendió que las búsquedas siempre tienen resultados inciertos, especialmente cuando son espirituales. También vislumbró que no había penitencia para un alma como la suya, y quizá tampoco entendimiento.